

EL VINCULO.

PERIÓDICO DE PRIMERA ENSEÑANZA.

SE PUBLICARÁ LOS DIAS 2, 12 Y 22 DE CADA MES.

DIRECTOR: DON EUGENIO TEJERO.

Administrador: DON CASTO JOSE SERRANO.

Precio de suscripcion: SEIS RS. TRIMESTRE.

Redaccion, Calle de San Nicolás, 8.

REDACTORES: *D. Fernando Morote.*
» *D. Pascual M. Palao.*
» *D. Francisco Martinez.*
» *D. Casto José Serrano.*
» *D. José María Puentes.*
» *D. José Hernandez Molina.*

REDACTORES: *D. Antonio Juan y Vidal.*
» *D. Joaquin Fernandez y Font.*
» *D. Francisco Gomez Garcia.*
» *D. José Lopez Noguera.*
» *D. Antonio Puig.*
» *D. Antonio Mesequer.*

COLABORADORES: Los profesores de escuelas públicas de Cartagena y Jumilla.

Año I.

Murcia 22 de Mayo de 1882.

Núm. 4.

Seccion doctrinal.

UN PROBLEMA

II.

Es destino de la inteligencia vencer á la ignorancia en esa lucha eterna de la humanidad que se halla escrita en la historia. Nos figuramos á un maestro ilustrado por sus estudios, vivificado por el espíritu de su misión, dueño del cariño y de la veneración de cien hijos de otras tantas familias. Nos lo figuramos al frente de la escuela, repartiendo en la generación naciente, seis horas cada día, todos los manjares del alma; lecciones, consejos, esperanzas vividas, virtudes cristianas, fuerzas superiores de la vida; y nos preguntamos ¿Cómo este hombre no es acatado, querido, casi victoreado por el pueblo en que vive? Menester es que ese pueblo desconozca por completo la obra del maestro, y no ame como debe á sus hijos, niños que por su edad y por su inocencia, se ganan el cariño de todo el que pasa por su lado y les dirige si quiera una mirada. Menester es que detesten el progreso y no crean en el porvenir, que no haya llegado á ellos la voz augusta del siglo, que ha extendido su llamamiento á todas las inteligencias, tambien á la nebulosa inteligencia del labriego y el pastor, que viven alejados de la sociedad, y no tienen mas compañía que la de las estaciones, de los vientos y las lluvias, de las aves y los cuadrúpedos.

A nosotros nos inspira compasión ese estado tan miserable de muchos hombres: no han aprendido á amar á sus hijos, no han sentido en

su sangre el entusiasmo por la patria, no saben en que siglo viven; á la luz del día sus almas caminan por entre tinieblas, y en su corazón llevan confuso hervor de pasiones groseras. Ante el progreso, ante la civilización, ante esta época gloriosa, son como ambulantes sombras del pasado, ó como enfermos heridos de anemia espiritual.

Difícil es la situación del maestro ante estas gentes, bajo cuyo veredicto se coloca, él que lleva en su mente todos los ideales de la época, y en su pecho los nobles instintos del progreso. Se coloca bajo su veredicto, bajo su acción, casi bajo su dependencia; porque esas gentes son el alcalde, la junta local, y son, digámoslo con tristeza, los padres de familia. Evidente es que hasta aquí no hay en nuestro pensamiento, sino uno de esos pueblos atrasados, casi inciviles, de los que ofrecen numerosos ejemplos nuestra España. No queremos llegar todavía á las ciudades y villas populosas.

¿Qué hace el maestro en ese villorrio, á donde ha caído por su mala fortuna? Delante de si tiene la generación naciente, la pléyade alegre y bulliciosa de sesenta niños, y tambien tiene la turba de los vecinos que le miran de reojo ó con indiferencia, y sobre ella el cacique poderoso con su voluntad por ley, su capricho por norma y por ministros la barbarie y la tiranía. ¿Qué hacer? A los primeros, educarlos, transformarles la sangre tosca que recibieron en espíritu activo del siglo 19, hacerlos hijos de la civilización por la *comulgación* de sus ideales, salvarlos de la esclavitud de la barbarie y transportarlos al mundo novísimo donde vive y se agiganta el espíritu humano. A los segundos, sufrirlos un poco, no pender nunca de la me-

